

efectuará...». No se agolpen, que fue uno de estos días pasados, y ya no se puede ir a tomar el The. Como se sabe, todo lo chileno tiene unas características especiales de un tiempo a esta parte. Por lo pronto toman el té (como decimos por acá) que es una cosa de ingleses. Lamento tener que recordar a los chilenos que el único The que hay en Inglaterra es «The Times», y que mientras lo leen con una displicencia a todas luces británica lo que toman es «tea». No es que uno haya estudiado en Oxford, pero algo se le ha pegado de tanto pasar por delante de la embajada de Serrano. Lo que me extraña es que los chilenos no sepan inglés. Y me extraña porque yo he leído (¡precisamente en inglés!) los documentos confidenciales de la International Telephone and Telegraph, alias ITT, en los que se hablaba mucho de los chilenos, y se esperaba mucho más de algunos. Por ejemplo: «The (aquí sí que está bien lo del «The») Ambassador said there are several alternatives of action, the (también está bien lo del «the») aquí main ones being to provoke Allende and cause a rupture...», que hasta los niños de pecho lo entienden de lo claro que está. Si el ambassador se hubiera estado quieto y no hubiera causado la «rupture» esa a lo mejor a estas horas no había que organizar ningún The de Beneficencia para los niños de Chile, concretamente para los huérfanos, supongo. Porque no será para todos. ¡Anda, que como a los huérfanos de Chile no les guste el The! Bueno, pues que se entretengan leyendo «The Times». Allí viene escrita la lengua del cisne de Avon, aunque, ahora que caigo, la que mejor entienden ahora en Chile es la del pato Donald. Aunque no la sepan escribir, como queda demostrado. ■ ALBERTINA

DOS SEMANAS, DOS MESES, DOS AÑOS... Y UN DÍA

Fraga sigue reformando. Igual que la Historia de España Moderna dió conspiradores a punta de pala, la Historia de España Contemporánea está dando mayormente reformadores. Un reformador siempre es más de recibo, porque no hay que inventar nombres y subrayar topónimos para la historia: la Vicalvarada sonaría ahora a estación del Metro, mientras que la calle de los

EL ESPIRITU DEL TIEMPO

«¿QUIEN es Marcelino Camacho?», me preguntó el Apolítico. Con los apolíticos hay que tener mucho cuidado: son muy de derechas. Se lo expliqué prudentemente. «Y si es tan importante, ¿por qué no me enteré yo de que le habían detenido, y me entero ahora de que lo han soltado?» «No leera usted las noticias pequeñas». «Sí, pero ¿por qué no se publicó su fotografía entrando en la cárcel en las primeras páginas, como se ha publicado la de su salida?» «No parece que entienda usted nada. Lo que importa es que salga. Lo que importa es demostrar que hay una gran generosidad al permitirle abandonar la cárcel. Si no lo hubiesen detenido, no podrían haberle soltado, ¿comprende?» «No».

No, no comprende nada. Hay apolíticos muy brutos. Apenas es capaz de comprender mi nueva profundización del tema: «Se trata —le insisto— de que hay que mostrar cómo los tiempos cambian. ¡Están cambiando, y usted no se entera!».

«Pongame usted algún ejemplo», dice al atónito.

«Mire usted, el presidente de las Cortes ya no es el seño Valcarcel, es Don Torcuato Fernández Miranda. Un nombre nuevo, ¿comprende?» «Pero yo he leído biografías que le dan como muy antiguo...» «Sí, pero la sutileza del cambio está en que los nombres antiguos tienen otro valor en los tiempos nuevos. Le gente de siempre ya no es la misma, ya no son los de siempre, pero siguen siendo los de siempre. ¿Es el mismo Fernández Miranda que fue vicepresidente del gobierno con Carrero Blanco? Sí, y no. O no y sí. No está usted para sutilezas, amigo Apolítico...»

«¿No ve usted como prohíben ahora, por ejemplo, los homenajes a Antonio Machado? Igual que antes, dirá usted con su incapacidad para entender los matices... ¡Pues, no señor! Los suspenden también, pero el aroma es distinto. Prohibir un homenaje a Antonio Machado en diciembre no es lo mismo que prohibirlo en junio, en agosto...» «Ya comprendo. Es que ahora hace más frío...» «¡No, no es eso! Y en ningún caso, si quiere usted incorporarse a los nuevos modos, no debe decir que hace más frío. Tampoco el frío es el mismo que, digamos en diciembre pasado. Es... otra cosa, es algo indefinible...» Apolítico abre su gran boca. Me mira como a un loco.

«Es —insisto— una cuestión de aroma. Mire usted, Areilza y Castiella son los que escribieron «Reivindicaciones españolas»: no han dejado nunca de ser ellos pero, al mismo tiempo, no son ellos. Y Gil Robles es el mismo de la Ceda y de «Todo el poder para el jefe», pero al mismo tiempo es otro Gil Robles...» «Y ¿no se podrían buscar nombres realmente nuevos?» «Me temo, Apolítico, que sea usted un rojo y está alimentado por el oro de Moscú». «Hombre eso no... Yo me refería a personas sin desgastar por el poder que respondan más a lo que se necesita ahora, que den mejor la sensación de cambio... Por ejemplo, yo admiro mucho, dentro de mi apoliticismo, a Blas Piñar... Creo que es un buen nombre para el futuro...»

Y entonces me di cuenta de que, de los dos, el tonto era yo. El Apolítico era un clarividente. Lo que se llama un futurólogo. Y un hombre capaz de entender el espíritu de los nuevos tiempos. ■ POZUELO

